

sea, es preciso que me expliquéis los matices. Así, por ejemplo, Fornaro...

—Monseñor Fornaro, ¡oh! Es un poco de todo y lo quieren; pero también está educado en el Colegio Romano y está persuadido de que es jesuita por educación, jesuita por posición y ambición. Arde en deseos de ser cardenal y si llega á serlo algún día, le consumirán los de ser papa; ¡todos ellos son candidatos al papado desde que salen del seminario!

—¿Y el cardenal Sanguinetti?

—¡Jesuita! ¡Jesuita! Entendamos; lo ha sido, después dejó de serlo y ahora indudablemente lo es. Sanguinetti ha coqueteado con todos los poderes. Durante largo tiempo le creyeron partidario de la conciliación entre la Santa Sede é Italia; después, cuando todo se echó á perder, tomó partido violentamente en contra de los usurpadores. Del mismo modo varias veces tuvo altercados con León XIII, hizo después las paces y vive hoy con el Vaticano bajo cierta diplomática reserva. En resumen, que no tiene más que un objeto y es el de conseguir la tiara, pero lo demostró demasiado á las claras y esto gasta mucho á los candidatos... por el momento parece que la lucha está ceñida al cardenal Boccanera y á él. Por esto Sanguinetti se puso al lado de los jesuitas explotando el odio de estos hácia su rival, contando con que, en su deseo de inutilizar á Boccanera, se verán obligados á sostenerle á él. Lo dudo yo mucho porque son muy ladinos y vacilarán antes de patrocinar á un candidato que se comprometió tanto... En cuanto á él, cizañero, apasionado, orgulloso, no sospecha nada y puesto que, según me decís, está en Frascati, estoy seguro de que fué á encerrarse allí

en cuanto se enteró de la noticia de la enfermedad del papa y con algún fin de elevada táctica.

—¡Y bien! ¿Y el papa León XIII?

Al oír la pregunta vaciló un poco *don* Vigilio y sus ojos parpadearon.

—¿León XIII? ¡Es jesuita! ¡Jesuita! Sé muy bien que dicen que está con los dominicos, y esto es cierto, si se quiere, porque se cree animado por su espíritu y volvió al favor á Santo Tomás y restauró sobre esa doctrina toda la enseñanza eclesiástica... pero hay también en él un jesuita sin quererlo, sin saberlo, y el papa actual será de esto el ejemplo más famoso. Estudiad sus actos, daos cuenta de su política y vereis la emanación, la acción misma del alma jesuita y esto es porque se impregnó á pesar suyo, y es también porque todas las influencias que obran sobre él, directa ó indirectamente, salen de ese horno, ¿porqué, no me creéis? Os repito que los jesuitas lo han conquistado, absorbido todo, que Roma entera es suya, desde el clérigo más humilde hasta el mismo Padre Santo!

Y continuó respondiendo á cada nuevo nombre citado por Pedro, con ese grito testarudo y monomaniaco: ¡jesuita! ¡Jesuita! Parecía que no era posible ser otra cosa en la Iglesia, y que esa explicación se refería á un clero reducido á pactar con el mundo nuevo si quería salvar á su Dios. La edad heroica del catolicismo había pasado y no podía vivir en adelante más que con el auxilio de diplomacia y de astucias, de concesiones y de acomodados.

—¡Y ese Paparelli, jesuita, jesuita!—siguió diciendo *don* Vigilio bajando instintivamente la voz.—¡Oh! Sí, es jesuita, pero el jesuita humilde y terrible, el jesuita practicando el más abominable de sus trabajos, el del

espionaje y de la perversión! Juraría que lo han colocado aquí para espiar á su eminencia, y hay que ver con que génio de ductibilidad y de astucia consiguió desempeñar su tarea, hasta el extremo de que hoy es su voluntad la que impera, pues abre la puerta á quien le place, dispone de su amo como de cosa propia, influyendo en cada una de sus resoluciones. Y poseyéndole por último con la lenta invasión de cada hora. ¡Sí! Es la conquista del león por el insecto; es el infinitamente pequeño que dispone del infinitamente grande y ese clérigo tan ínfimo, ese caudatario cuyo papel es el de sentarse á los pies de su cardenal como un perro fiel, es el que manda, el que en realidad domina y le impulsa hácia donde quiere... ¡Ah! ¡Jesuita, jesuita! Desconfiad de él, cuando le veais deslizarse sin ruido envuelto en su raída sotana, semejante á una ajada solterona con falda negra, con su cara flácida y arrugada de devota vieja. Enteraos si está detrás de alguna puerta, en el fondo de un armario ó bajo los lechos. Lo que os digo, que os devorarán como me han devorado á mí, y que harán que tengáis la fiebre, la peste si no teneis previsión!

De pronto detúvose Pedro delante del presbítero secretario; perdía pié y la cólera y el temor acababan por apoderarse de él. Y después de todo, ¿por qué no habían de ser verdaderas todas aquellas historias?

—¡Dadme entonces un consejo!—exclamó.—Si esta noche os pedí que entráseis en mi cuarto, fué por que no sabía lo que debía hacer y tenía necesidad de alguien que me guiase hácia el buen camino.

Interrumpióse, continuó su agitado paseo como impulsado por el desbordamiento de la pasión.

—¡Y si no, está bien, no me digáis nada! Todo ha concluido y prefiero marcharme. Ese pensamiento se me había ocurrido ya antes de ahora; pero durante una hora de cobardía, con la idea de desaparecer, de volverme á vivir en paz en mi rincón; más si ahora me marcho será como vengador, como justiciero, para decir en voz muy alta en París lo que ví en Roma; lo que han hecho del cristianismo de Jesús; el Vaticano cayendo hecho polvo, el olor de cadáver que aquí se desprende de todo, la estúpida ilusión de los que esperan ver salir un renuevo del alma moderna de ese sepulcro en donde duerme la descomposición de los siglos... ¡Oh! ¡No cederé; no me someteré, si no que defenderé mi libro con otro nuevo! Y de lo que sí os respondo, es de que este hará mucho ruido en el mundo, porque tañerá el toque de agonía de una religión que se muere y á la que es preciso enterrar pronto si no se quiere que los restos emponzoñen á los pueblos.

Esto ya no cogía en el cerebro de *don* Vigilio, en el que se despertaba el clérigo italiano con su estrechez de miras y de creencias y su ignorante terror ante las nuevas ideas. Y asustado cruzó las manos.

—¡Callaos! ¡Callaos! Eso son blasfemias... y además no podeis marcharos así, sin intentar otra vez ver á su santidad, que es el único soberano. Se que voy á sorprenderos; pero el padre Dangelis, burlándose, os dió un buen consejo, volved á ver á monseñor Nani, porque es el único que os abrirá las puertas del Vaticano.

Experimentó Pedro un nuevo sobresalto de cólera.

—¡Cómo! ¿Salí de monseñor Nani y he de volver á monseñor Nani? ¿Qué juego es este? ¿Puedo conformarme en ser un volante que se envían de uno á otro

todos los jugadores con sus vaquetas? ¡Al fin y á la postre se están burlando de mí!

Trastornado, rendido, dejóse caer Pedro en un sillón enfrente del abate, que no se movía y cuyo rostro había tomado un matiz plomizo como resultado de tan larga velada; sus manos temblaban como siempre. A esas palabras siguió un prolongado silencio. Después de esto explicó don Vigilio que tenía otra idea, que conocía un poco al confesor del papa, un padre franciscano, de gran sencillez, al que podrían dirigirse. Tal vez, á pesar de su humildad, el concurso de ese padre podría serles de gran utilidad. Era una prueba que podría intentarse. El silencio empezó otra vez, y Pedro, cuyas vagas miradas fijábanse en la pared, acabó por distinguir el antiguo cuadro que tanto le conmoviera en el día de su llegada. A la pálida luz de la lámpara acababa de verle destacarse, y vivir tal cual si fuese la encarnación misma de su caso, de su desesperación inútil ante la puerta rudamente cerrada de la verdad y de la justicia. ¡Ah! Cuánto se le parecía á aquella mujer expulsada, aquella obstinada del amor, sollozando, con la cara cubierta por el cabello y que no se podía ver, caída en los escalones del palacio, ante la puerta implacablemente cerrada. Estaba tiritando envuelta en un sencillo lienzo, no decía su secreto, infortunio ó falta, dolor inmenso del abandono. Y tras de sus manos contraídas sobre el rostro, Pedro la prestaba el suyo, convertíala en su hermana, como todas las pobres criaturas sin techo ni pan, que lloran al verse desnudas y sin amparo, y que carcomen sus puños al querer forzar el malhadado umbral de los hombres. No podía mirarla sin compadecerla, y se conmovió tanto

aquella noche al verla, como siempre desconocida, sin nombre y sin rostro, y sin embargo, bañado este por abrasadoras lágrimas, que de pronto preguntó á don Vigilio:

—¿Sabéis quién es el autor de ese antiguo cuadro? Me conmueve hasta en el fondo del alma como si fuese una obra maestra.

Quedóse el secretario estupefacto al oír pregunta tan inesperada que le hacían de repente sin transición alguna, y levantó la cabeza para mirar al cuadro y le chocó más cuando se fijó en el lienzo ennegrecido, abandonado y encerrado en un marco pobre.

—¿De dónde procede esa pintura? ¿lo sabéis? ¿Cómo se explica que la hayan relegado al fondo de esta habitación?

—¡Oh!—respondió con un gesto de indiferencia.— Eso no vale la pena, pues hay muchos.... cuadros antiguos sin ningún valor.... En cuanto á ese es probable que haya estado siempre ahí. De todos modos no lo sé y ni siquiera lo había visto.

Púsose al cabo en pie con mucha prudencia. Ese sencillo movimiento le produjo tal estremecimiento, que apenas tuvo fuerzas para despedirse y, al intentar lo la fiebre hacía castañetear sus dientes.

—No, me acompañéis, dejad la luz en donde está... Para concluir, creo que lo mejor sería que os entregaseis en manos de monseñor Nani, porque éste al menos es un hombre superior. Ya os lo dije en cuanto llegasteis, que queráis ó no, haréis cuanto se le antoje. Entonces ¿á qué luchar? ¡Y nunca digáis á nadie ni una palabra de nuestra conversación de esta noche, porque sería mi muerte!

Abrió la puerta sin hacer ruido, miró á todas partes y con desconfianza á derecha é izquierda, procurando penetrar en las tinieblas del corredor y luego se atrevió á salir, desapareció, entró en un cuarto con tanto silencio que ni aún se oyó el roce de sus piés en medio del sueño de la tumba del antiguo palacio.

Impulsado al día siguiente por un deseo de lucha, quiso Pedro intentarlo todo é hizo que *don* Vigilio le recomendase al confesor del papa, á ese padre franciscano, al que el secretario trataba muy poco. Tropezó con un buen fraile, hombre el más timorato, elegido, sin duda, por su misma modestia y sencillez, sin influencia alguna para que no abusase de su posición todopoderosa al lado del papa. Por parte de este había también una humildad afectada al no tener por confesor más que á uno de los regulares más humildes, de la Orden del amigo de los pobres, del santo mendigo de los caminos. Aquel padre gozaba, sin embargo, de fama de ser un fogoso orador lleno de fé y el papa escuchaba sus sermones oculto, según la etiqueta vaticana, tras una cortina; porque, si como soberano pontífice infalible no podía recibir lecciones de ningún presbítero, se admitía que, como hombre, podía sacar partido al escuchar la palabra santa. Fuera de esa elocuencia el buen padre no era más que un sencillo lavandero de almas, el confesor que absuelve y escucha, sin acordarse de las impurezas que lava con las aguas de la penitencia y Pedro, al verle tan realmente pobre y nulo, no insistió para pedirle una intervención que comprendió sería ineficaz.

Aquel día le obsesionó hasta la noche la figura del ingénuo amante de la Pobreza, del delicioso Francis-

co de Asis, como decía Narciso Habert. Con mucha frecuencia había meditado, con asombro, acerca de la venida de ese nuevo Jesús, tan cariñoso con los hombres, las bestias y las cosas; con el corazón inflamado por una caridad tan ardiente hácia los miserables, en esa Italia de egoísmo y de goce, en la que la alegría de la belleza es la única que sigue reinando. Sin duda los tiempos han cambiado mucho ¡y que sávia de amor no se necesitó en los antiguos, durante los grandes sufrimientos de la Edad Media, para que semejante consolador, surgido del suelo popular, se pusiese á predicar el don de sí mismo á los demás, la renuncia á las riquezas, el horror á la fuerza bruta, la igualdad y la obediencia que deben asegurar la paz del mundo! Recorría los caminos, vistiendo como los más míseros, y ciñendo á su cintura áspera cuerda que sujetaba el burdo sayal, libres sus desnudos piés en las sandalias y sin bolsa ni bastón. Tenía, y lo mismo que él sus hermanos, muy suelta la lengua, predicando con libertad absoluta, pero con un dejo de poesía, un atrevimiento soberano de verdad, convirtiéndose en todas partes en justicieros, atacando á los ricos y á los poderosos, atreviéndose á denunciar á los malos sacerdotes y habiéndose las cara á cara hasta con los obispos licenciosos, simoniacos y perjuros.

Acogióles un grito de alivio, de esperanza, seguían el pueblo en masa y fueron los amigos, los libertadores de todos los pequeños, de todos los míseros que sufrían. Por esto, al principio, la aparición de semejantes revolucionarios inquietó en Roma, los papas vacilaron antes de autorizar la orden y cuando cedieron fué seguramente con la idea de utilizar en provecho

propio aquella nueva fuerza, la conquista del pueblo ínfimo, de la masa inmensa y vaga cuya sorda amenaza rugió siempre á través de las edades, hasta en las épocas de mayor despotismo. Desde entonces el papa tuvo en los hijos de San Francisco un ejército de continuo vencedor, ejército errante que se esparcía por todas partes, caminos, aldeas, villas, ciudades, que penetraba hasta en el hogar del pobre, del obrero y del labrador, captándose las simpatías de los corazones sencillos. ¡Imagínese el poderío democrático de semejante orden que parecía salida de las entrañas mismas del pueblo! De ahí su rápida prosperidad, el número de frailes que fué en aumento y pululó en pocos años, los numerosos conventos fundados en todas partes, la Orden Tercera invadiendo la población laica hasta el punto de impregnarla y absorverla. Y esto probaba que había en ella una producción del suelo, una vegetación poderosa del tronco plebeyo y era que iba á nacer todo un arte nacional; los precursores del Renacimiento en pintura, y el mismo Dante, alma del génio de Italia.

Ahora, desde hacía algunos días, veíalas Pedro á aquellas grandes órdenes religiosas de otros tiempos y tropezaba con ellas en la Roma actual. Los franciscanos y los dominicos, que durante tanto tiempo habían combatido juntos por la Iglesia, rivales animados por la misma fé, estaban allí también, pero mirándose cara á cara en sus vastos conventos de próspera apariencia, pero parecía que la humildad de los franciscanos había contribuido á la larga á mantenerlos apartados. Tal vez se debiese esto también á que su papel de amigos y libertadores ha cesado desde que el pueblo se

libró por si mismo por medio de sus conquistas políticas y sociales. Y la única batalla seguía librándose exclusivamente entre dominicos y jesuitas, es decir, entre los predicadores y los educadores, pues unos y otros han tenido y tienen, la pretensión de amasar el mundo á la imagen de su fé. Se oía el rumor de las influencias, era una guerra continua de todas las horas en la que Roma, el poder supremo del Vaticano, era el eterno botín que se disputaban. Los dominicos, sin embargo, en vano contaban con Santo Tomás, que combatía por ellos, pues barruntaban que se derrumbaba su antigua ciencia dogmática y todos los días tenían que ceder un poco de terreno á los jesuitas victoriosos con el siglo. Después seguían los cartujos, revestidos con su hábito blanco, los silenciosos muy santos y muy puros, los contempladores que huyen del mundo, refugiándose en los claustros de tranquilas celdas; los desesperados y los consolados, cuyo número puede ser menor, pero que vivirán eternamente cual por toda la eternidad viven el dolor y la necesidad de soledad. Estaban también los benedictinos, los hijos de San Benito, cuya regla admirable ha santificado el trabajo, obreros apasionados de la ciencia y de las letras y que, en su época, fueron durante mucho tiempo instrumentos poderosos de la civilización que ayudaron á la instrucción universal con sus trabajos inmensos de crítica y de historia, y Pedro, que los estimaba en mucho y que se refugiara entre ellos á nacer dos siglos antes, se admiró al ver que construían en el Aventino un inmenso convento, para el cual había dado León XIII muchos millones, como si la ciencia de hoy y la de mañana fuese aún un campo en el que pudiesen cosechar algo y ¿para qué? cuando

los obreros han cambiado, cuando los dogmas están allí para interceptar el camino á quien debe seguirlo, respetándolos y sin derribarlos de una vez.

Allí también había un pululamiento de las órdenes menores que se cuentan á centenares, como eran los carmelitas, los trapenses, los mínimos, los barnabitas, los lazaristas, los eudistas, los misioneros, los recoletos, los hermanos de la doctrina cristiana; veía al mismo tiempo los bernardos, los agustinos, los teatinos, los observantinos, los celestinos, los capuchinos, sin contar las correspondientes órdenes de mujeres ni las clarisas, ni las religiosas sin número, tales como las religiosas de la Visitación ó las del Calvario. Cada casa tiene su instalación modesta ó suntuosa y ciertos barrios de Roma formábanse únicamente de conventos y todo aquel pueblo, agrupado tras las mudas fachadas, zumbaba, agitábase, intrigaba animado por la continua lucha de los intereses y las pasiones. La antigua evolución social que los había producido no funcionaba desde hacía mucho tiempo, y no obstante se empeñaban en vivir, siendo cada día más inútiles y estando cada vez más debilitados, destinados á sufrir lenta agonía, hasta el día en que les falten á un tiempo el aire y el sol en el seno de la nueva sociedad.

Y en sus diligencias, en sus correrías que empezaron otra vez, no era con los regulares con los que tropezaba Pedro, si no que tenía que habérselas sobre todo con el clero secular, con ese clero de Roma que al cabo fué conociendo muy bien. Una gerarquía muy rigurosa aun, servía para mantener clases y rangos y en lo alto, alrededor del papa, reinaba la familia pontificia, los cardenales y los prelados, muy elevados y muy nobles, con gran prosopopeya y orgullo, bajo su aparente

familiaridad. Por bajo de éstos el clero parroquial formaba como una burguesía muy digna, de espíritu prudente y moderado, entre la cual no era raro encontrar algunos curas patriotas. Y la ocupación italiana, al instalar toda una nueva sociedad de funcionarios, testigos forzosos de las costumbres, había producido desde hacía un cuarto de siglo un singular resultado: el de purificar la vida íntima del clero romano, en la cual, en otra época, desempeñó la mujer un papel tan importante, que Roma era casi un gobierno de criadas-señoras, reinando en los hogares de solterones. Se llegaba por último á la plebe del clero, que Pedro había estudiado con mucha curiosidad, á ese conjunto de presbíteros miserables, sórdidos, medio desnudos, vagando en busca de una misa á la manera de animales famélicos, yendo á parar á las hosterías y tabernas sospechosas, en compañía de mendigos ó ladrones. Intersábale, sin embargo, aun mucho más la multitud flotante de clérigos procedentes de toda la cristiandad, los aventureros, los ambiciosos, los creyentes, los locos, á los que Roma atraía, cual de noche atrae la lámpara los insectos que pululan en la sombra. Habíalos allí de todas las nacionalidades, en todos los estados de fortuna, de todas las edades, galopando bajo el látigo de sus petitos y moviéndose desde la mañana á la noche alrededor del Vaticano, para morder la presa, de la que habían ido á apoderarse. Los encontraba por todas partes y con alguna vergüenza se decía que era uno de tantos, que aumentaba con su unidad ese número increíble de sotanas que se encontraba por las calles.

¡Ah! ¡Qué flujo y reflujo, qué continua marea hay en Roma de sotanas negras y de hábitos de todos los

colores! Los seminarios de distintas naciones habrían bastado para empavesar las calles con sus comitivas en los frecuentes paseos; los franceses, con sus negras sotanas; los americanos del Sur, negros con beca azul; los americanos del Norte, con la beca roja; los polacos, negros con la beca verde; los griegos, azul; los alemanes, encarnados; los romanos, violeta, y todos los demás, bordados y ribeteados de cien distintas maneras. Después, además de todo esto, había las cofradías, los penitentes blancos, negros, azules, grises, con cogulla, con pelerinas diferentes, grises, azules, negras ó blancas. Y con esto parecía que, algunas veces, resucitaba la Roma papal y se la veía vivaz y tenaz, luchando para no desaparecer entre la Roma cosmopolita actual, en la que se difuminan el tono neutro y el corte uniforme de los trajes.

En vano fué Pedro de casa de uno á la de otro prelado, trató con presbíteros, atravesó iglesias, pues no se pudo acostumbrar al culto y á la devoción romana que le chocaba cuando no le hería. Un domingo, una mañana en que estaba lloviendo, entró en Santa María la Mayor, creyó que se hallaba en una sala de espera, de una riqueza inaudita por cierto, con sus columnas y su techo de templo antiguo, el suntuoso dosel de su altar papal, los resplandecientes mármoles de su confesión y sobre todo de su capilla Borghese en la que Dios, sin embargo, parece que no vive. En la nave central, ni un banco ni una silla, un continuo ir y venir de fieles que la atravesaban lo mismo que se atraviesa la sala de una estación, manchando con su calzado mojado el precioso embaldosado de mosaico, mujeres y chiquillos á los que el cansancio había hecho sentar alrededor, en los zócalos de las columnas, lo mismo que se ve en las estacio-

nes cuando en medio del gentío que las llena, cada uno espera su tren. Y para esa multitud de pueblo bajo, entrada allí al paso, decía un presbítero una misa rezada en el fondo de una capilla lateral, y delante de esa capilla habíase formado una larga cola de personas en pie que atravesaba la iglesia de parte á parte. Al alzar, todos se inclinaron con mucho fervor; después aquel grupo se deshizo, estaba dicha la misa. En todas partes veíase la misma concurrencia del país del sol, apresurada, y á la que no agradaba instalarse en asientos, que no hacía á Dios más que cortas visitas familiares, fuera de las grandes recepciones de gala en San Pablo, lo mismo que en San Juan de Letran, en todas las antiguas basílicas lo mismo que hasta en San Pedro.

En Jesús. únicamente fué en donde, otro domingo, encontró una gran concurrencia á misa que le recordó las multitudes devotas del Norte; allí había bancos, mujeres sentadas, una tibia temperatura mundana bajo el lujo de las bóvedas cargadas de oro, de esculturas y de pinturas, de un esplendor rojizo admirable, sobre todo desde que el tiempo borró algo el gusto barroco, demasiado pronunciado; pero ¡cuántas iglesias vacías, entre las más antiguas y las más venerables, como San Clemente, Santa Ana, Santa Cruz de Jerusalem, en las que no se veía más, á la hora de los oficios, que algunos vecinos del barrio! Cuatrocientas iglesias, aun para Roma, son muchas naves para llenarlas y entre ellas las hay que solo se frecuentan en determinados días de ceremonia, mientras que otras solo abrían sus puertas una vez al año, el día de la fiesta del santo patrón. Algunas viven gracias á la fortuna de poseer un fetiche, un ídolo que socorre las humanas miserias; la de Araceli tiene un niño Jesús milagroso *il Bambino*, que

cura á los niños enfermos; en San Agustín hay la «Madonna del Parto» la Virgen que ayuda á librar con bien á las mujeres que están encinta. Otras tenían su reputación fundada en el agua de sus pilillas, en el aceite de sus lámparas, el poder de un santo de madera ó de una Madonna de marmol. En cambio algunas otras parecían completamente descuidadas, abandonadas á los viajeros y curiosos, á merced de la pequeña industria de sus sacristanes y semejantes á museos poblados de dioses muertos. Varias permanecían aun en un estado que emocionaba como Santa María de la Rotonda, instalada en el Pantheon, en una sala redonda que tiene algo de circo y en el que la Virgen es la verdadera inquilina del Olimpo. Le interesó mucho también el espectáculo de las iglesias de los barrios pobres, San Onofre, Santa Cecilia, Santa María del Transtibere, porque no halló en ellas la fé viva, la oleada popular que esperaba. Una tarde, hallábase en la última, que estaba enteramente vacía, y oyó entonar á los chantres un canto lamentable en medio de aquel desierto. Otro entró en San Crisogono y encontró la iglesia toda ella con las paredes cubiertas de tapices, sin duda, para la fiesta del día siguiente; las columnas envueltas en fundas de rojo damasco, los pórticos con guardamayetas y cortinajes alternados, amarillos y azules, blancos y rojos y huyó ante aquella poco estética decoración, que tenía un relumbrón de feria. ¡Ah! ¡Qué lejos estaba todo aquello de las catedrales severas en que, siendo niño, había orado y creído!

En todas partes halló la misma iglesia, la basilica antigua, acomodada al gusto de la Roma del último siglo por Bernin ó sus discípulos. En San Luis de los Franceses, cuyo estilo es mucho mejor, de una elegante

sobriedad, no le emocionó más que el recuerdo de los grandes muertos, los héroes y los santos que descansaban el eterno sueño en tierra extraña bajo las losas. Y como buscase el estilo gótico, acabó por ir á visitar á Santa María de la Minerva, que dicen que es la única muestra que hay de él en Roma. Aquello fué para él un asombro, una estupefacción al ver las columnas enlazadas cubiertas de mármol, las ojivas que no se atreven á lanzarse, ahogadas en plena cintra, las bóvedas que se redondean condenadas á sufrir la pesada majestad de la cúpula. ¡No! ¡No! La fé, cuyas tibias cenizas veíanse allí, no era la del hogar inmenso cuya brasa invadió y abrasó desde lejos la cristiandad entera. Monseñor Fornaro, al que la casualidad le hizo encontrar al salir de Santa María de la Minerva, clamó contra lo gótico, calificándolo de pura heregía. La primera iglesia cristiana era la basilica, nacida del templo y se profería una blasfemia cuando se decía y aseguraba que no se veía la verdadera iglesia cristiana más que en la catedral gótica, porque el gótico no era más que el detestable espíritu anglo sajón, el genio rebelde de Lutero. Quiso Pedro responder apasionadamente al prelado; pero se calló, temiendo decir demasiado. ¿No era esa, en efecto, la demostración decisiva de que el catolicismo era la misma vegetación del suelo de Roma, el paganismo transformado por el cristianismo? Además éste ha crecido con un espíritu diferente, hasta el punto que entró en rebelión, que se volvió contra la ciudad madre, el día del cisma. El apartamiento ha ido pronunciándose cada vez más, las diferencias acúsanse hoy más y más en la evolución de las sociedades nuevas, á pesar de los desesperados esfuerzos de unidad, de manera que el cisma, una vez más, aparece inevitable y

próximo. Y conservaba contra las basílicas otro rencor de niño, antaño piadoso y sentimental; el que le producía en ellas la falta de campanas, de hermosas y grandes campanas, tan amadas por los humildes. Para las campanas hacen falta campanarios y en Roma no hay más que cúpulas. Decididamente Roma no era la ciudad de Jesús, sonante y repiqueteadora, de la que la oración subía en ondas sonoras entre el arremolinado vuelo de las cornejas y de las golondrinas.

Pedro continuaba empero sus diligencias, dominándole una sorda irritación que le hacía obstinar, volviendo á hacer visitas, cumpliendo la palabra que se había dado de visitar á todos los cardenales de la congregación del Índice á pesar de las molestias que esto podía producirle. Poco á poco fuese encontrando mezclado con las otras congregaciones, con esa especie de antiguos ministerios del gobierno pontificio, hoy menos numerosos, pero aún con una complicación de engranajes extraordinaria, teniendo cada una de ellas un cardenal como prefecto, miembros cardenales que celebraban sus sesiones, prelados consultores y un mundo de empleados. Tuvo que ir muchas veces á la Cancillería, en donde está instalada la congregación del Índice, y se perdió en aquella inmensidad de escaleras, de corredores y de salas, sintiendo, en cuanto entraba por el pórtico del patio, el helado estremecimiento de los vetustos muros, no pudiendo lograr el querer á aquel palacio, obra maestra de Bramante y tipo el más puro del Renacimiento romano, pero de una belleza tan desnuda y fría. Conocía ya la congregación de la Propaganda, en la que le había recibido el cardenal Sarnò. Fué la casualidad de las visitas, al ser enviado de una á otra parte, en esa caza de influencias, la que le hizo co-

nocer del mismo modo las otras congregaciones, la de Obispos y Regulares, la de los Ritos y la del Concilio. Llegó á entrever la Consistorial, la Dataría y la Sagrada Penitenciaría. Era aquel el enorme mecanismo de la administración de la Iglesia, el mundo entero al que había que gobernar, extender las conquistas ó administrar los asuntos de los países conquistados, juzgar las cuestiones de fé, de costumbres y de personas, examinar y castigar los delitos, conceder las díspenas y vender los favores.

No se puede imaginar el número tremendo de asuntos que, todas las mañanas, iban á parar al Vaticano, figurando entre ellos las cuestiones más graves, las más delicadas y complejas, cuya solución originaba rebuscar en los archivos y estudios sin cuento. Era necesario responder á esa multitud de visitantes que invadían á Roma, procedentes de todos los puntos de la cristiandad, á aquellas cartas, súplicas y legajos cuya oleada se distribuía y se amontonaba en todas las oficinas. Lo milagroso era el discreto silencio con que se llevaba á cabo tarea tan colosal, sin oírse ni un ruido en la calle, por tribunales, juntas, fábricas de santos y de nobles, sin que saliese jamás de allí ni la más pequeña trepidación del trabajo, un mecanismo tan bien untado de aceite que, á pesar de la oxidación de siglos, del desgaste profundo é irremediable, funcionaba detrás de las paredes, sin que nadie lo adivinase.

¿No estaba en eso toda la política de la Iglesia? Callarse, escribir lo menos posible y esperar; pero ¡qué mecanismo más prodigioso, más anticuado y no obstante tan poderoso aún! ¡Cómo se sentía cogido en medio de aquellas congregaciones, en la red de hierro del poder más absoluto que hayan podido organizar

nunca los hombres para dominar! En vano vería los agujeros, las grietas, una vetustez que anunciaba la ruina, pues no por eso dejaba de pertenecerla desde que se había arriesgado á meterse entre ella y estaba cogido, machucado y arrastrado á través de aquella enmarañada red, de aquel laberinto sin fin, en el que se agitaban vanidades y venalidades, corrupciones y ambiciones, tanta miseria y tanta grandeza. ¡Y qué lejos se hallaba de la Roma que había soñado y qué cóleras experimentaba á veces en medio de su laxitud y de su voluntad de defenderse.

De una manera brusca explicábanse muchas cosas que Pedro no había comprendido nunca. Un día en que volvió á la Propaganda, el cardenal Sarno le habló de la francmasonería con una rabia tan fría, que de repente vió con claridad. Hasta entonces la francmasonería le había hecho sonreír y creía en ella tan poco como antes en los jesuitas, pareciéndole infantiles las ridículas historias que circulaban colocando á esos hombres de sombra y de misterio, cuyo secreto incalculable poder había gobernado al mundo, en los dominios de la leyenda. Admirábale sobre todo el ciego rencor que animaba á ciertas gentes en cuanto acudía á sus labios la palabra masonería; un prelado, y por cierto de los más distinguidos é inteligentes, le aseguró un día, con aire de profunda convicción, que toda logia masónica estaba presidida, á lo menos una vez al año, por el mismo diablo en persona y visible. Aquello era confundir el sencillo buen sentido. Y al fin comprendió la rivalidad; la furiosa lucha de la Iglesia católica y romana contra la otra Iglesia, contra la iglesia de enfrente. La primera se creyó en vano triunfante, porque comprendió que en la otra tenía una competidora; una

enemiga muy antigua, que pretendía ser mucho más antigua que ella y cuya victoria era siempre posible; pero sobre todo, el choque resultaba de que las dos sectas tenían la misma ambición de soberanía universal, la misma organización internacional, la misma red echada sobre los pueblos, los misterios, los dogmas y los ritos. Dios contra Dios, fé contra fé, conquista contra conquista, y desde luego, lo mismo que dos tiendas rivales establecidas á los dos lados de una calle, se estorbaban mutuamente y la una debía acabar por matar á la otra.

Si á Pedro le parecía caduco el catolicismo y amenazado de muerte, abrigaba también escépticas dudas acerca de la masonería y de su poder. Había hecho muchas preguntas, practicado una especie de averiguación para darse cuenta de la realidad de aquel poder en esa ciudad de Roma, en la que los dos poderes supremos encontrábanse frente á frente, en la que el gran maestre vivía frente al papa. Le contaron que los últimos príncipes romanos habíanse creído obligados á hacerse recibir en las logias masónicas para no llevar una vida demasiado erizada de dificultades, agravar su poco satisfactoria situación y cerrar el porvenir á sus hijos. Al hacer esto, ¿cedían únicamente á la fuerza irresistible de la evolución social actual? ¿No iba también la masonería á perecer en su propio triunfo, el de las ideas de justicia, de razón y de verdad que durante tanto tiempo defendiera á través de las tinieblas y de las violencias de la historia? Es un hecho constante en esta; la victoria de la idea mata la secta que la propagó; hace inútil y un poco barroco el aparato con que los sectarios tuvieron que rodearse para impresionar las imaginaciones. El carbonarismo no sobrevivió jamás á

la conquista de las libertades públicas que reclamaba, y el día en que la Iglesia católica se derrumbe después de haber llevado á cabo su obra civilizadora, la otra iglesia, la Iglesia masónica de enfrente, desaparecerá también por haber realizado su obra libertadora. Aun hoy, el famoso poderío de las logias masónicas sería un instrumento poco eficaz de conquista sujeto, como también lo está, por las tradiciones, perjudicado por un ceremonial que se toma á broma, reducido á no ser más que un lazo de inteligencia ó de mútuo socorro, si el gran aliento de la ciencia no arrastrase á los pueblos ayudando á la destrucción de las religiones envejecidas.

Entonces fué cuando Pedro, rendido por tantas caminatas y diligencias, se vió otra vez dominado por la ansiedad en medio de su obstinación de no marcharse de Roma sin haberse antes batido hasta el fin, como soldado siempre lleno de esperanza que no cree nunca en la derrota. Había visitado á todos los cardenales cuya influencia podía servirle de algo; al cardenal vicario encargado de la diócesis de Roma, literato que habló con él de Horacio; político un poco enredador, que se puso á hacerle muchas preguntas acerca de Francia de la República, sobre el presupuesto de Guerra y Marina, pero que no se ocupó, ni lo más mínimo, del libro incriminado. Visitó también al gran penitenciario, el cardenal que una vez entrevistara en el palacio Boccanera, viejo muy flaco, con rostro de asceta, del que no pudo obtener más que una homilia de censura, palabras severas contra los presbíteros jóvenes, que, echados á perder, contaminados por el siglo, son autores de obras execrables. Por último visitó en el Vaticano al cardenal secretario, que era hasta cierto punto el ministro de negocios extranjeros de su santidad, del que

le habían apartado hasta allí aterrorizándole con las consecuencias de una visita desgraciada. Se excusó por haberse presentado tan tarde y encontró en él al hombre más amable, corrigiendo con diplomática benevolencia el aspecto un tanto rudo de su persona, haciéndole preguntas con mucho interés, después de haberle mandado sentar, escuchándole y hasta alentándole. Al volver á la plaza de San Pedro comprendió que, á pesar de todo, su asunto no había adelantado ni un paso y que si algún día llegaba á forzar la puerta del papa no sería más que pasando por secretaría de Estado. Y aquella noche regresó á la vía Julia azarado, rendido de cansancio y con la cabeza aturdida, después de haber hecho tantas visitas á tan diversas personas; trastornado por haber sentido cogido todo su cuerpo entre los engranajes de esa máquina de cien ruedas, y se preguntó con terror que era lo que haría al día siguiente, no quedándole nada por hacer, si sería volverse loco.

Precisamente encontró á don Vigilio en un corredor y quiso consultarle de nuevo y obtener de él un buen consejo; pero el secretario le hizo callar, sin saber porque, con un gesto lleno de inquietud. Tenían sus ojos expresión de terror y luego con voz débil como un murmullo, le dijo al oído:

—¿Habéis visto á monseñor Nani? ¡No! Pues bien, id á verle.... no dejéis de ir. Os repito que no tenéis que hacer más que eso.

Cedió ¿y para qué resistir? Aparte de la pasión de ardiente caridad que le había llevado allí para defender su libro ¿no había ido también á Roma con objeto de hacer alguna experiencia? Era necesario llegar hasta el fin en todas las tentativas.

Al día siguiente, muy temprano se halló bajo la co-

lumnata de San Pedro y tuvo que entretenerse para hacer tiempo. Nunca, hasta entonces, había comprendido la enormidad de aquellas cuatro hileras de columnas que daban la vuelta, de aquel bosque de gigantes troncados de piedra entre los que casi nadie se pasea. Es un desierto grandioso y triste y se pregunta uno el porque de un pórtico tan majestuoso; sin duda únicamente por la pompa de la decoración, y toda Roma, una vez más, presentábase allí.

Siguió despues por la calle del Santo Oficio y llegó al palacio de éste, detrás de la Sacristía, en un barrio de soledad y de silencio, que el paso de un transeunte, el lejano rodar de un carruaje turban apenas de vez en cuando. El sol, es el único que vive allí en grandes superficies cubiertas de luz sobre el menudo empedrado blancuzco. Adivínase la vecindad de la basílica, el olor del incienso, la paz enclaustrada con el sueño de los siglos. Y en un ángulo hállase el palacio del Santo Oficio de una desnudez pesada é inquietante, con su elevada fachada amarilla, barrenada únicamente por una sola hilera de ventanas á la vez que en la calle lateral, la otra fachada es aún más fea con su hilera de ventanas más estrechas, con sus ventanillos con cristales empañados. En medio del brillante esplendor del sol parece como que duerme aquel inmenso de cubo de albañilería de color de barro, casi sin vistas al exterior y cerrado, fuerte como una cárcel.

Experimentó Pedro un estremecimiento que le hizo sonreír enseguida como si se tratase de una niñería. La santa, romana y universal Inquisición, la sagrada congregación del Santo Oficio, como la llamaban á la sazón no era la de la leyenda, la proveedora de las hogueras, el tribunal oculto y superior que no tenía tribunal al que

poder apelar y que poseía derecho de vida y muerte sobre la humanidad entera. Conservaba, aún el secreto de sus trabajos y se reunía todos los miércoles, juzgando y condenando, sin que nada, ni un soplo saliese de entre sus muros. Si continuaba empero condenando el crimen de heregía, si seguía atacando las obras é hiriendo á los hombres, carecía ya de armas, calabozos, hierros y hogueras, viéndose reducida á un papel de protesta pues no podía imponer, ni aún á los suyos, á los eclesiásticos, más que penas disciplinarias.

Cuando entró y le hicieron pasar al salón de monseñor Nani, que vivía en el palacio en concepto de asesor, experimentó Pedro una sorpresa agradable, la habitación era espaciosa y estaba situada al mediodía é inundada por la alegre luz del sol, reinando en ella una dulzura exquisita á pesar de lo severo de los muebles, del color sombrío de los cortinajes, lo mismo que si allí hubiese vivido una mujer y llevado á cabo ese milagro de adornar con su gracia las cosas más serias. No había flores y, nó obstante, aspirábase un aroma agradable. El encanto allí esparcido apoderábase de los corazones en cuanto se pisaba el umbral.

Enseguida salióle al encuentro monseñor Nani con su faz sonrosada, sonriente, con sus ojos azules tan vivos y el fino cabello rubio que la edad empezaba á encanecer y tendiéndole las dos manos, le dijo:

—¡Ah! ¡Qué amable sois, querido hijo mío, viniéndome á ver! Vamos, hacedme el favor de sentaros y hablemos como dos buenos amigos.

Y sin esperar á más empezóle á hacer preguntas con una apariencia de extraordinario cariño.

—¿En qué estado os halláis? Vamos, contádmelo todo; decidme cuanto hayais hecho.

Conmovido Pedro, no obstante las confidencias de don Vigilio, dominado por la simpatía que creía inspirar, se confesó sin omitir ni un detalle. Dió cuenta de sus visitas al cardenal Sarno, á monseñor Fornaro, al padre Dangelis; relató también sus otras diligencias para ver á los cardenales influyentes, á todos los del Índice, al Gran Penitenciario, al cardenal Vicario y al cardenal Secretario é insistió en sus viajes sin fin de una á otra puerta, á través de todo el clero de Roma, á través de todas las congregaciones, en esa colmena inmensa y silenciosa en la que cansó los piés, quebrantó los miembros y embotó el cerebro.

Y monseñor Nani que, al parecer, le escuchaba con aire de asombro, se exclamaba y repetía, á cada estación del calvario del solicitante.

—¡Todo eso está muy bien! ¡Todo eso es perfecto! ¡Oh! ¡Vuestro asunto marcha de una manera maravillosa! ¡Maravillosamente! ¡Muy bien!

Y gozaba sin que, por otra parte, se revelase ningún indicio de malsana ironía. No se observaba más que su mirada inquisitiva con que escudriñaba al joven presbítero, para saber si este se hallaba en la sazón de obediencia en que él le deseaba. ¿Estaba lo suficientemente cansado, desilusionado, bastante informado acerca de la realidad de las cosas para que se pudiese concluir con él? ¿Habrían bastado tres meses de permanencia en Roma, para convertir en un prudente, en un resignado, al menos, al entusiasta, un poco loco, del primer día?

De pronto observó monseñor Nani bruscamente:

—Pero, querido hijo mío, ¿qué no me decís ni una palabra de su eminencia el cardenal Sanguinetti?

—Si no os hablé de él, monseñor, fué por que su eminencia se halla en Frascati y no he podido verle.

Entonces el prelado, como si quisiese retrasar aun el desenlace, con el secreto goce de un diplomático artista, exclamóse, levantando al cielo sus manos blancas, regordetillas, con el aire inquieto del hombre que lo declara perdido todo.

—¡Es preciso ver á su eminencia! ¡Es necesario ir á visitarle! ¡Es de todo punto necesario! ¡Ahí es nada! ¡El prefecto del Índice! No podemos hacer nada hasta después que le hayáis visitado, por que no habréis visto á nadie si no le véis á él... Idos, idos á Frascati, hijo mío.

Pedro no pudo hacer más que inclinarse respondiendo:

—Iré, monseñor.